

# ***DISCURSOS***

## MENSAJE DE SOLIDARIDAD A BULGARIA

Por J. L. SALCEDO BASTARDO\*

Con especial, honda y sincera satisfacción, tengo el honor de presentar a Ustedes, ilustres y distinguidos amigos búlgaros y del mundo, el mensaje de solidaridad, de aprecio y simpatía, que mi Patria hace llegar a la noble Bulgaria.

A esta República gloriosa, bella y heroica —la digna tierra de Ivan Vasov, Jristo Botev, Vasil Levski y Raina Kniaguíña— Venezuela, en nombre de América Latina, que es nuestra Patria mayor, le presenta en mis palabras de estudioso de la historia, el testimonio de su admiración. Aquí venimos, mi esposa y yo, con nuestra embajada, conducida por un diplomático moderno y experto —el Excelentísimo Señor Dr. Erik Becker Becker—, al encuentro conmovido y cordial de nuestras naciones.

Quiero hablar a Ustedes de un personaje de mi tierra, Antonio José de Sucre —Gran Mariscal de Ayacucho—, que con Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Andrés Bello y Simón Rodríguez, forma el quinteto de los más insignes venezolanos compartidos con Latino-América.

En 1995 habrán de celebrarse los doscientos años de este hombre excepcional que vio la luz el 3 de febrero de 1795, cuya conmemoración bicentenaria iniciamos aquí esta tarde. Nos une un arco de más de 10 mil kilómetros desde su ciudad natal, Cumaná, al Este de Venezuela, a esta metrópoli balcánica: demostración cabal de la universalidad de los hombres cumbres, arquetipos y valores comunes de la Humanidad.

Investigando en los escritos de Sucre que fueron numerosos, y muchos debidos a su propia mano, donde está como su alma pintada en el papel, se confirma y reafirma cuanto la historia dice de la proyección moral del personaje y de su lealtad al padre de nuestra Patria —Bolívar—, su condición generosa y su grandeza moral. Se percibe una individualidad muy activa, despierta, militante de la justicia. Se le constata como el más severo, estricto y rígido de los principales generales de la Independencia. Un paradigma en el cumplimiento de su deber, y garante celoso de la disciplina castrense. Noble, duro y franco. A mi juicio, Sucre es el símbolo perfecto del militar cabal. Desde los quince años participaba en la guerra por la libertad continental.

---

\* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra "F".

En la vida de este adalid llama la atención su currículum singular. Sorprende que a los treinta y cinco años tan glorioso combatiente hubiera agotado y culminado todas las excelencias del deber, recibido todos los honores y desempeñado todas las responsabilidades públicas máximas que hay en nuestras naciones.

En el escalafón militar, Sucre va desde Cadete en 1808 hasta General en Jefe, Comandante General y Gran Mariscal en 1824, incluyendo Ministro de Marina y Guerra en 1820. En lo político-administrativo empieza por Gobernador de la plaza de Guayana y Comandante General del Bajo Orinoco en 1817, hasta Presidente fundador de la República de Bolivia en 1826, pasando por Intendente del Departamento de Quito en 1822. En el Poder Legislativo fue Diputado en 1819, Senador por el Departamento de Orinoco en 1822, y Presidente del Congreso grancolombiano en 1830. En la diplomacia, Sucre, de veinticinco años fue Comisionado para concertar al Armisticio y el Tratado de Regularización de la desastrosa Guerra de nuestra Libertad en 1820; plenipotenciario extraordinario ante Quito en 1821; lleva facultades totales (diplomáticas y de fuerza) de Colombia al Perú en 1823, autorizado además para tratar con los gobiernos de Chile y Buenos Aires. En la rama Judicial le cabe el mérito de haber creado e instalado la Corte Suprema de Justicia boliviana en 1826. Por último, para redondear su figura eximia, en la esfera cumbre de la cultura se ocupa de las universidades de Bolivia en 1825; y aunque no fue periodista auspicia y funda órganos de prensa.

A la edad en que muchos están comenzando, Sucre terminaba con brillo envidiable su carrera múltiple que, en brevísimo lapso, precoz y aceleradamente, lo hizo hombre realizado a plenitud en todos los ramos del servicio patriótico. Con vigor y exactitud, ratifica el muy ilustre historiador Don Alfonso Rumazo González: "La suma del hacer de Sucre significa suma de vertientes: Sucre, ideólogo liberal, estadista, estratega, político, internacionalista, redactor de miles y miles de páginas. En esa vida de 35 años se condensó el hacer de un hombre superior que hubiese vivido intensamente una centuria".

He destacado reiteradamente el rango de Sucre de máximo valor entre los 5 grandes de la hora épica, y es que sin la menor duda él gana con calificaciones de excelencia la prueba de superioridad. Esta se refiere al Americanismo y a la Cultura. Entendido el primero como el trabajo por la integración —a partir de la filosofía de la unidad—, y la segunda en su doble proyección de moral y luces.

La sustancial americanidad de Sucre esplende genuina, espontánea e insistente, en sus pronunciamientos y en sus acciones. El estaba persuadido "de que la causa americana es una misma en todos los Estados meridionales". Véase cómo al glorioso argentino José de San Martín —a quien llama "genio inmortal de América, cuya espada libertadora recibe las bendiciones del Nuevo Mundo, y la estimación del género humano"— le manifestó con amplitud que "los colombianos verían con satisfacción orgullosa marchar entre las filas de los hijos de Maipó, y estar a sus órdenes. La identidad de nuestra causa me anima a proponerle medios que V.E. consultará en favor de los intereses recíprocos de América". En 1821 resume lapidario para el panameño José D. Espinar: "Siendo una misma la causa de los americanos es una misma nuestra patria".

La primera prueba práctica del positivo americanismo de Sucre fue Pichincha, la batalla que asegura en agosto de 1822 la independencia de Ecuador. Bajo su mando esclarecido tropas oriundas de distintas latitudes americanas, en una acción debida al perfecto engranaje de precisiones por él estructurado, obra prima de magnífica tenacidad donde nada queda al azar, termina con brillo la edificación grancolombiana: Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá. Un bienio más tarde fue Ayacucho: la última y definitiva batalla de la Independencia Latinoamericana.

Ante muchos y diversos auditorios del mundo, como éste de hoy en Sofía, me ha tocado destacar que a Sucre le correspondió comandar en Ayacucho —hermanados contra el absolutismo— a bizaros combatientes de la americanidad integral: desde portorriqueño-mexicanos a argentinos, de cubanos y panameños a chilenos y paraguayos, de venezolanos, granadinos y ecuatorianos a uruguayos, bolivianos y peruanos; hay quien añada y especifique: de Guatemala, Curazao y Brasil. Nunca se había dado, ni después se ha repetido, semejante y múltiple concurrencia. Subrayará el general Miller cómo allí en la batalla final (por diciembre de 1824) estaban: “hombres que se habían batido a orillas del Paraná, en Maipó, en Boyacá, en Carabobo, en Pichincha y al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos valientes defensores de la libertad, había algunos extranjeros fieles a la causa en cuyo obsequio perecieron tantos paisanos suyos. Entre ellos hallábamos algunos que habían combatido a orillas del río Guadiana y del Rhin, y que presenciaron el incendio de Moscú y la capitulación de París”.

Al precio de agotar pronto su vida, construyó Sucre el mecanismo demoleedor del coloniaje. Respecto a ese ejército de libertad, él pensaba que sería desperdicio inexcusable no utilizarlo al máximo prolongando su empleo en tareas que lo reclamaban. Es así como el enérgico guerrero enfocó la libertad de Cuba y Puerto Rico. A partir de febrero de 1825, y hasta allá por septiembre de 1826, insistirá Sucre en completar la emancipación con esos pueblos hermanos de la región Caribe. Sucre insiste —ante Bolívar— que las tropas de Ayacucho puestas “en La Habana darían a su Colombia y a la América un día de tanta gloria como el nueve de diciembre, y la posesión de una bella isla”. Con anterioridad a estos planes caribeños, abrigó Sucre la idea de la liberación de Panamá.

Sucre evidenció también, en muy seguros juicios sobre el magno Congreso del Istmo, su americanismo de óptima ley. Ese Congreso de Panamá —ideal inicial de nuestra unidad continental— debía llevarnos a una paz durable y sólida.

En la personalidad de Sucre, el otro rasgo capital que lo iguala con los máximos venezolanos es la confianza absoluta en la educación como meta y vía para la realización latinoamericana unitaria.

El primer favorecido por el interés obsesivo y el esmero suyos por la educación fue el Ecuador.

Testimonio explícito de su celo en esta materia educativa es cuando en Ecuador, en septiembre del 22, pide que con exactitud “se me diga materialmente cuántas escuelas hay, en dónde están, quiénes son los maestros, qué enseñan, qué es lo que ganan, de dónde se les paga, qué método de enseñanza se observa, etc. . .”.

Igual minuciosidad reaparece exhaustiva en Perú, por mayo del 25. Quiere saber: “Cuántos colegios hay en el departamento, qué autoridad corre con su dirección, cuántos colegiales tienen, cuántas cátedras y de qué, y qué renta señalada a cada una; qué rentas tiene cada colegio, cuáles son sus fincas, en qué lugares están situadas, qué producto totales y líquidos dan, qué gasto anual hay en cada colegio, en qué se invierte la renta, y cuántos colegiales se mantienen por el Estado o por la Iglesia. Qué otras rentas hay en el departamento que pudieran aplicarse al adelanto de los colegios, y qué cátedras más pudieran establecerse para progresar la enseñanza. . . qué escuelas hay pagadas y sostenidas por la municipalidad, o por réditos de diezmos, o por el gobierno, cuánto cuesta al año cada una de estas escuelas, qué se enseña en ellas, y qué reformas necesitan”.

De una serie de consultas democráticas a los sectores de Bolivia resultó su sobria y sincera relación de cien días de quehacer administrativo destinada a la Asamblea Constituyente. Todas las regiones de la nueva república: Potosí, Santa Cruz, Cochabamba, Oruro, Charcas, son contempladas en el repertorio de sus dinámicas iniciativas de moderno desarrollo, entre mayo y noviembre de 1825. Su fecundo empeño de Gobierno depara a Bolivia en las trece semanas —del 3 de febrero al 5 de mayo del 26— trece decretos referentes a la creación de colegios de ciencias y artes, más institutos para huérfanos y para huérfanas, en todos los departamentos, y a establecer escuelas primarias en todos los cantones de la república. El Mariscal civilizado, civilista y civilizador, ante el Congreso de la nación explica “persuadido que un pueblo no puede ser libre, si la sociedad que lo compone no conoce sus deberes y sus derechos, he consagrado un cuidado especial a la educación pública. En medio de las escaseces y de las cargas de que me he visto rodeado, se han llevado al cabo casi totalmente las intenciones del Libertador en los establecimientos de enseñanza. La generación boliviana que ha de suceder a la que ha luchado por la independencia será el mejor apoyo de la libertad de esta patria”.

Mas la calidad y jerarquía del magisterio de Antonio José de Sucre se palpan no sólo en las expresiones que registran su actuación pública, referida ésta a la que un eximio educador venezolano, Félix Adam, denominara la *andragogía*, sino en la perenne majestad de los hechos. Sucre es maestro en todas las direcciones de su polifacético quehacer. Como en el arte bélico, donde revela un virtuosismo impar, es decollante en su perfecto desempeño diplomático, desde el Tratado de Trujillo (1820) al de Tarqui (1829), vale decir, del “más bello monumento a la piedad aplicada a la guerra” hasta la demostración irrefutable de “que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla”.

Sucre es maestro por su probado valor personal. Por sus escrúpulos y por su extremada corrección como magistrado. Sucre es maestro por su inteligencia moral y política —grandeza tangible en valentía consciente y serena, en patriotismo y en odio radical contra la tiranía— cuando enfrenta como Presidente del Congreso al militarismo fanático y disolvente.

En cuanto concierne a la proyección ética: invoco su personal testimonio en la exacta dimensión de sus palabras. En sus textos él palpita vivo y pleno —como lo sentía y percibía nuestro gran poeta Andrés Bello—. Oigamos su lección siempre viva: “Julio 13 de 1826. Al Presidente del Congreso Constituyente. / La ley del 10 del corriente, que designa los emblemas de la moneda de plata y oro

de la república, me ha sorprendido, porque la colocación del busto mío en la de plata es una manifestación de aprecio por mis pequeños servicios más allá de lo que nadie puede esperar, ni aún con la persuasión de los favores que el congreso constituyente ha querido dispensarme. Yo mismo pienso que es haber llegado a un extremo. / Además, poner mi busto en las monedas de plata y el del Libertador en las de oro es, en algún modo, dar un premio igual a servicios muy diversos; porque mi amor propio no se hiere en confesar que hasta consentir de mi parte semejante pretensión sería ridículo. / Si he de hablar de una vez al Congreso con la franqueza que marca mi carácter, diré que la Ley de 10 de julio, en los términos en que está dictada, sería la recompensa anticipada y aún excesiva a cuanto yo pudiera hacer por Bolivia. / Séame, pues, permitido dar las gracias al congreso constituyente por sus bondades y rogarle que la Ley de 10 de julio sea reformada, dejando en la moneda de plata los emblemas que decretó la asamblea general, o bien que se ponga en ella el busto del Libertador, como en la de oro. / Acepte, pues, S.E. la más cordial amistad con que soy su atento servidor, A. J. de Sucre”.

Otra muestra para todos los tiempos vale su decir vertical, certero, preciso.

Ante el Congreso de Bolivia desnuda su conciencia: “Al separarme, haré una confesión ingenua que servirá de ejemplo a mis sucesores. . . siguiendo los principios de un hombre recto, he observado el de que en política no hay amistad ni odio, ni otros deberes que llenar sino la dicha del pueblo que se gobierna, la conservación de sus leyes, su independencia y su libertad. / No concluiré mi mensaje sin pedir a la representación nacional un premio por mis servicios que, pequeños o grandes, han dado existencia a Bolivia, y que lo merecerán por tanto. / La constitución me hace inviolable; ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego, pues, que se me destituya de esta prerrogativa, y que se examine escrupulosamente toda mi conducta. Si hasta el 18 de abril se me justifica una sola infracción de ley; si las cámaras constitucionales juzgan que hay lugar a formación de causa al ministerio, volveré aquí a someterme al fallo de las leyes. Exijo este premio con tanta más razón, cuanto que declaro solemnemente que, en mi administración, yo he gobernado: el bien o el mal, yo lo he hecho; pues, por fortuna la naturaleza me ha excluido de entre esos miserables seres que la casualidad eleva a la magistratura, y que, entregados a sus ministros, renuncian hasta la obligación de pensar en los pueblos que dirigen. / Los ministros sólo han tenido aquí la organización de los ramos de su departamento, en los cuales han gozado de toda la amplitud que les era necesaria. Al despedirme, pido esta recompensa a los representantes de la nación; y si por respeto a la ley la rehusan al presidente de Bolivia, que no la nieguen a su gran ciudadano, que con tanta consagración ha servido y que la implora como la garantía que lo ponga a cubierto de las acusaciones, con que la maledicencia y la envidia querrían calumniarlo. . .” Y este cierre de elevación política, de vigencia perenne:

“De resto, señores, es suficiente remuneración de mis servicios, regresar a la tierra patria después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria. Concilié los ánimos, he formado un pueblo que tiene leyes propias. . . que está exento de deudas exteriores. . . y que dirigido por un gobierno prudente será feliz. . . no he hecho gemir a ningún boliviano; ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa. . . he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad”.

Al concluir esta conferencia de homenaje, quisiera llamar la atención sobre el hombre —el ser físico—, la persona de Antonio José de Sucre, cuya salud fue afectada por su acción sin descanso. Consumido aceleradamente en un afán desmedido y superexigente que nunca tuvo tregua. El se gastó corporalmente en un oficio que lo reclamaba a plenitud. Es por demás muy expresiva la modesta metáfora que él utiliza para autobiografiarse, cuando se describe y compara con “una maraca vieja”.

Veamos estos testimonios:

A Santander el 21 de septiembre de 1822: “Yo no sé cómo saldré de este enredo de cosas y lo peor es que el trabajo agrava cada día mi afección al pecho; de modo que Ud. que antes me conocía por un hombre sano, ahora me tiene dado a la diabla y hecho una maraca vieja”.

Al Libertador el 3 de junio de 1825: “Aquí me estoy curando con más formalidad, porque si no lo hago tendré una gran lesión. Todos son trabajos, ya estoy como una maraca vieja y entre poco no serviré para nada”.

Al Libertador, otra vez, el 25 de junio de 1825: “Estoy muy mejor de la enfermedad que antes he dicho a Ud. pero hace dos días que el dolor al pecho me ha atacado... Ya soy una maraca vieja”.

A Soublette el 2 de diciembre de 1825: “Me dices que piensas renunciar al ministerio de guerra, por cansado, pero no creo que debas hacerlo porque así estamos todos y sufrimos; yo soy un hombre enfermizo y creo que para siempre. Antes me veías tan escribidor y ahora rara vez tomo la pluma por causa de mi enfermedad del pecho... A decirte verdad, valgo tanto como una vieja maraca”.

Se miraba y sentíase un instrumento de paz, objeto de arte, o de artesanía aquerenciado por las manos del pueblo, como esa suerte de juguete de ancestro aborigen, adornado con cualidades simultáneas de sonoridad y dinamismo, y que el impulso de las circunstancias —del destino y del tiempo—, agitado por el Dios de las naciones, llenó al Nuevo Mundo con la sobria melodía de su presencia y su mensaje. Esa maraca fue nueva, muy nueva. Empezó temprano a repartir cadencia y guiar el movimiento —que es un modo de decir la verdad y hacer justicia—. En el jubileo frenético de la construcción americana se asordino o enronqueció y estropeó. Una maraca vieja fue la enterrada cuando terminó asesinado por la perversidad de los cañes y al fin se le impuso silencio pocos meses antes de la muerte de Bolívar en 1830. Mas era fibra pura de pueblo y de historia. El jugo terrenal de Los Andes le dio de nuevo vida, e independientemente de los despojos humanos que siguieron —ellos también— su viacrucis sigiloso hasta el corazón de la piedra del volcán Pichincha, donde duermen en la Catedral de Quito, resucitó en el espíritu que —para la eternidad— alegre, apunta el paso y orienta a América. Esa maraca suena y resuena bien en la tersura y limpidez dulce y sinfónica de sus luces y sus ejecutorias inmortales. Allá y aquí, en Bulgaria, en Venezuela, por doquier, contribuyamos todos a que así sea por siempre. Que la amistad de nuestros pueblos en respeto, entusiasmo, acción y justicia sea el fundamento para enfrentar y vencer los retos del presente y del porvenir.

Sofía, 28 de abril de 1992.